

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXX

San José, Costa Rica

1935

Sábado 29 de Junio

Núm. 24

Año XVI—No. 736

SUMARIO

Valores del escritor revolucionario.....	Waldo Frank	Acerca de dos frailes.....	G. K. Chesterton
La Liga de Escritores Americanos.....		Bicentenario del humanista Goicoechea.....	Rafael Heliodoro Valle
Primera lluvia.....	J. J. Salas Pérez	Página nueva de P. A. H. Pallais.....	
El estilo de la Revolución.....	Jorge Mañach	Las dos manos, y hasta luego.....	Juan del Camino
Manuel Ugarte se nos fué.....	Eduardo Avilés Ramírez	Noticia de Libros y Autores	

Valores del escritor revolucionario

Por WALDO FRANK

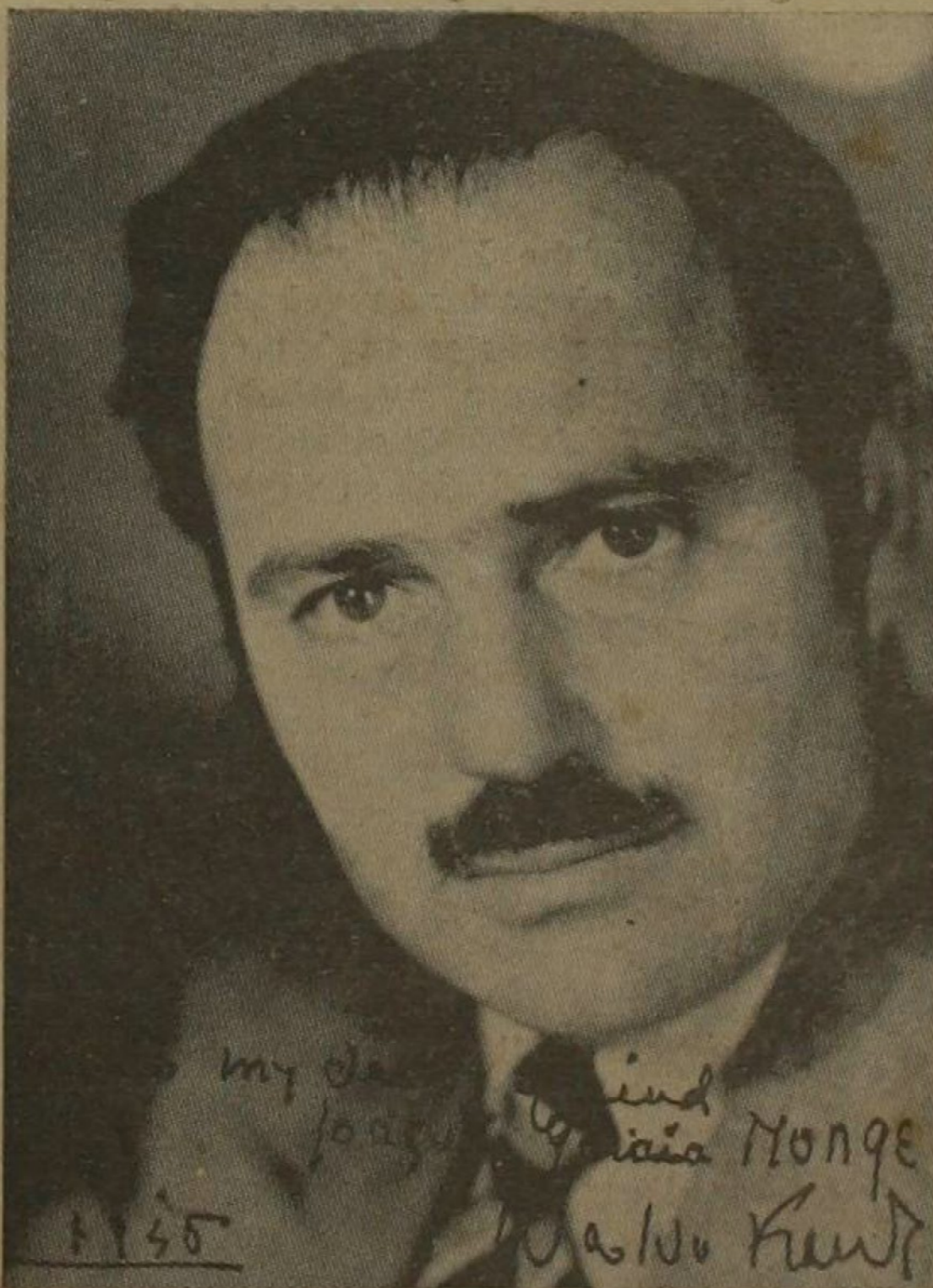
= Este discurso, leído por Waldo Frank en la primera sesión del Congreso de Escritores Americanos que acaba de reunirse en Nueva York, es una versión abreviada de un largo ensayo.—Envío del autor (New York City: 173, Riverside Dr.)—Traducción de doña María de Sancho (Cartago, Costa Rica) =

1.—Definiciones.

Mi premisa y la premisa de la mayoría de los escritores aquí reunidos es que el Comunismo tiene que venir, y que hay que pelear por él. El mundo está en una encrucijada. O va hacia el orden socialista, o de lo contrario la cultura humana, no tal como la conocemos sino como aspiramos a crearla, perecerá. No digo que el camino hacia adelante sea seguro. La vida del hombre está en disputa; y cuando se trata del hombre siempre están presentes las alternativas de vida o de muerte. Están presentes ahora. Pero esto es cierto. Agonizar dentro del sistema actual, negarse a salir del paso mediante la revolución social de las clases trabajadoras, significa la sumersión del hombre occidental en una oscuridad a la que tienen que llevarlo sus fuerzas productivas y sus fuerzas intelectuales, si éstas continúan sin control: una oscuridad de la cual aun las intimaciones de luz que han hecho nuestro presente se habrán desvanecido. Esto explica bien que la causa de la sociedad socialista no es, finalmente, un problema económico-político: es un problema cultural; es el problema humano por excelencia.

Me propongo demostrar el valor específico, en esta crisis, de la obra de arte literario—no como un coro de política revolucionaria, no como un eco de la acción: sino como una especie autónoma de acción. Me propongo demostrar que sobre todo en América hoy día, debido a nuestras condiciones peculiares de cultura, el escritor revolucionario no debe ser un "compañero de viaje": que su arte debe estar coordinada con, no subordinada, a los aspectos político-económicos de la re-creación de la humanidad.

Esto requiere alguna definición de lo que es historia y arte literario (pues estamos ocupados en hacer historia). Afortunadamente, puedo señalar el sentido histórico de la humanidad, implícito en Marx, como el de un cuerpo que, como toda la vida orgánica, evoluciona



en virtud de asimilaciones internas de un mundo objetivo del cual gana sustento y sobre el cual reacciona—todo de acuerdo con un patrón que es la naturaleza del organismo: un patrón que en el hombre es capaz de grandes variaciones principalmente por medio del proceso de lo que vagamente llamamos conciencia de sí mismo.

La parte de la conciencia de sí mismo, o si se prefiere, de la experiencia, en la evolución histórica es importante para nosotros porque conduce directamente a la función social del arte. La obra de arte es un medio (entre otras cosas) para extender, profundizar, nuestra experiencia de relación con la vida como un todo orgánico. La sensación de íntimo parentesco con cualquier parte del mundo objetivo es lo que entendemos por belleza. En lo que esta relación se expande a una forma social inclusiva, es lo que entendemos por cultura. La función básica social del arte es acondicionar a los hombres de manera que, como un cuerpo social,

sean el medio para las acciones de crecimiento y cambio que requieren sus necesidades. Estas acciones sociales, para ser saludables, deben llevarse a cabo dentro de la verdadera experiencia de toda la vida implicada—y el transmitir, el naturalizar esta experiencia es la función especial del arte.

Voy a hacer esto más claro. Supongamos que un hombre necesita martillar clavos para su nueva casa. Tiene que pegar a los clavos directamente en la cabeza. Pero para hacerlo, su condición general tiene que ser buena. Si no tiene buena vista, si su cerebro sufre de vértigos, todo su conocimiento técnico de la acción de la muñeca no evitará que clave mal los clavos. Ningún hombre, es evidente, está en condiciones ni siquiera para un acto tan sencillo como pegarle a un clavo en la cabeza, a menos de que su cuerpo y su mente sean un medio idóneo para el trabajo. Ninguna sociedad de hombres o clase de hombres está en condiciones para ninguna acción necesaria a menos de que no haya sido acondicionada para llegar a ser el medio efectivo para esa acción.

En las sociedades simples las principales artes acondicionantes son líricas: son música, el canto, el baile. A fuerza de la experiencia absorbida y sostenida por medio de ellas, el pueblo llega a ser el medio eficaz para la clase de acción que exigen sus necesidades emocionales y económicas y las necesidades de sus dirigentes. En nuestro mundo en donde un caos de fuerzas está desmembrando la vida del hombre ante nuestros ojos, el principal arte acondicionante—aunque todas las artes tienen su lugar—tiene que ser uno que sintetice nuestros complejos pasados y presente, y que los dirija. Este es el arte de las palabras, por medio del cual el hombre captura los mundos y los yos a quienes debe su existencia y les infunde vida con su propia visión.

Sabemos ahora aproximadamente la clase de acción social que debemos existir a nuestro arte literario. Es en

términos generales acondicionar al hombre para la multitud de acciones directas de que consiste su vida: es, por lo que a nosotros respecta, la tarea suprema de acondicionar a nuestros lectores—que esperamos sean los trabajadores, los agricultores, y sus aliados,— para que lleguen a ser el medio efectivo de la revolución.

Este sutil proceso de **acondicionamiento** no debe confundirse con el trabajo de **preparación** directa para la lucha diaria: trabajo que les toca principalmente a los maestros, a los teorizantes, a los organizadores de partidos y de gremios, quienes están a su vez considerablemente acondicionados por el trabajo acumulado de los escritores. Y debe ser claro que este trabajo de acondicionar la entidad social, por invisible que parezca, es la acción directa de los escritores. Las palabras desde luego son también instrumentos para la "preparación": el reportaje, los panfletos, los gritos de combate, los manifiestos (este papel es una especie de manifiesto) tienen sus usos legítimos en el trabajo político. Pero solamente hasta donde se entienda la necesidad del **medio** revolucionario; y hasta donde prevalezca la función principal del arte literario, **que es crear este medio.**

El escritor que olvida esto, para someter su arte a alguna labor aparentemente más inmediata, debilita la salud orgánica y el progreso de la humanidad traicionando la parte integral que le corresponde en él. Y en un mundo lleno de hambre, de horrible injusticia, de amenazante guerra, sólo una claridad rara, vigorosa y heroica, hará que el artista literario se mantenga en su tarea a menudo infructuosa, a menudo oscurecida, pero no obstante fundamental.

2.—El escritor americano bajo el Capitalismo.

Aplico en seguida estas definiciones a los problemas especiales del escritor revolucionario americano. Para el objeto tenemos primero que dar un vistazo al estado general de los lectores y escritores de nuestro país.

Nunca nos han faltado talentos literarios. Pero el suelo económico en que criaron raíces desapareció antes de que éstas se arraigaran firmemente. Hemos tenido grandes escritores. Han tenido influencia en el extranjero en donde una vida orgánica cultural que posee lo que

a nosotros todavía nos hace falta—memoria y conciencia de nosotros mismos—podía hacer uso de ellos. Aquí un Poe, un Whitman, un Thoreau, un Melville, podían ganar solamente discípulos sentimentales porque la discontinuidad de condiciones étnicas e in-

La Liga de Escritores Americanos

= De *New Masses*, New York, N. Y. 7 de mayo de 1935.—Traducción y envío de *Carmen Lyra* =

En Mecca Temple (ciudad de Nueva York), el 27 de abril se congregaron unas cuatro mil personas para presenciar la sesión de apertura del Primer Congreso de Escritores Americanos. Frente al público, unos 200 delegados, ocupaban el escenario, entre ellos los escritores más vigorosos de la generación más joven y de la anterior. Sesenta y cuatro habían venido de veinticuatro diferentes estados, fuera del de Nueva York. Entre invitados y delegados había 36 mujeres y 21 escritores negros. Méjico envió 4 delegados, entre ellos José Mancisidor. Cuba estaba representada por Lola de la Torriente, escritora y editora; la literatura judía por el poeta Moïshe Nadir y los escritores revolucionarios alemanes, muchos de ellos en las prisiones nazis y en los campos de concentración, enviaron un saludo al Congreso con Friedrich Wolf, el autor de *Marineros de Cattaro*. Japón envió una mujer como delegado.

Al día siguiente los delegados comenzaron su discusión que debía durar dos días, en la Escuela Nueva de Investigación Social, que terminó con la organización de la Liga de Escritores Americanos. El mito de que los escritores no se pueden reunir para tratar de las cuestiones que les atañen, que no pueden actuar juntos a causa del "temperamento", celos profesionales y cosas por el estilo, no se tomó en cuenta. Hubo unidad y fuerza, a pesar del gran número de puntos de vista, de métodos de acercamiento, diferencias de opinión en casi todo lo concerniente a literatura. La comprensión de un acontecimiento que da vida, entusiasmo, realidad, estuvo presente en el conjunto de las sesiones y en las breves conversaciones que tuvieron lugar entre las sesiones. En esta reunión de gentes de letras no hubo un momento de rancio academicismo.

Como lo dijo Waldo Frank, el nuevo secretario elegido de la Liga, en su último discurso: "Sólo es posible describir nuestros sentimientos con respecto a este Congreso, en términos ante los cuales vacilamos nosotros acostumbrados a la superficialidad en nuestras relaciones". Es imposible en una breve información, hacer otra cosa que dar sugerencias sobre el plan de los asuntos que se discutieron. Nombrar los escritores que hablaron y sus tópicos, sería tan sólo dar una larga lista. Fueron leídos más de 30 ensayos que se discutieron por un número mayor de oradores de la asamblea. Se dedicó una tarde a diferentes ramas literarias, por comisiones separadas: dramaturgos, novelistas, poetas, críticos, con el fin de llevar a cabo un estudio más técnico de su trabajo.

Geográficamente, el número de congresistas fué significativo. Del Oeste vinieron la joven novelista Tillie Lerner y Luis Colman, autor de la novela proletaria "Madera". Jack Cornroy representó el Oeste medio; James Arreil y Nelson Algren, Chicago, y Meridel Le Sueur, cuyos artículos se han des-

dustriales hizo su mensaje anticuado más antes de que una generación pudiera madurar para oírlos. Nosotros los americanos somos débiles—infinitamente más débiles que los campesinos de China, de la América Hispana o de la vieja Rusia—en cuanto se refiere a esa conexión intuitiva con el suelo y con el propio yo y con el pasado humano que hace de un pueblo un medio efectivo para la acción creadora; y que hace la transición psicológica al Comunismo consciente comparativamente fácil. En este, nuestro estado común de mala nutrición cultural, la necesidad de un arte literario sana es manifiesta. Pero nuestros escritores se han contaminado con la enfermedad que ellos tienen que ayudar a curar. Un sentido de impotencia derivado de su inconexión con las clases vitales del mundo americano, los ha conducido a una serie de novedades y dogmas europeos; y sus reflejos de los estilos literarios extranjeros, como los superficiales destellos de un kaleidoscopio, no han resultado en nada. Cuando se han vuelto hacia nuestro mundo, nuestros escritores no han podido resentir la abrumadora influencia del sistema capitalista. Han sido festejados, proveedores de confites y cocktails. Cuando, inmediatamente después de la guerra, comenzaron muchos a rebelarse, su rebeldía era insincera: un golpeo exhibicionista de tambores o un gruñido y un gesto de desprecio.

Ahora bien, la causa más profunda de su servidumbre como escritores, y de su impotencia, es la oculta ideología del sistema americano, que—lo mismo liberales que conservadores—la mayor parte de nuestros escritores han absorbido. Y esto viene dolorosamente al caso, porque—ya ellos se dan cuenta o no—la misma ideología prevalece entre nuestros escritores revolucionarios. Demasiados de nosotros hemos adoptado la filosofía de la cultura capitalista americana que hemos jurado derribar.

3.—El escritor americano revolucionario.

Esta ideología americana, que ha prevalecido desde un principio—desde el tiempo de aquellos profetas de asuntos burgueses: Benjamín Franklin y Alejandro Hamilton, los verdaderos maestros de nuestro modo de vida—es un racionalismo estático, poco profundo, derivado de las mentes más superficia-

GARAGE PENON

Teléfono 2061

Av. 10, al Oeste de El Pelayo—San José

En este taller reparamos totalmente su auto o camión, a dejarlo completamente nuevo, se lo pintamos con elegancia, le cambiamos el capote y le arreglamos el tapiz.

NUESTRO LEMA ES:

Buen trabajo y Precio módico

Tomar CAFE



es una delicia,
si Ud. toma el
sin rival de

Miguel Guevara H.

El más popular
de San José

25 varas al Norte de la Botica Oriental

(Pasa a la página 373)

les, no de las más profundas, de Francia e Inglaterra: un racionalismo empírico basado en la adoración de hechos, en un fetichismo (sin ciencia y sin poesía) de la retocada información, preparada y previamente arreglada, de los cinco sentidos, que no está remotamente relacionado con el racionalismo orgánico explícito en Spinoza e implícito en la dialéctica histórica de Marx. Si este racionalismo vulgar hubiera prevalecido en la Inglaterra y la Francia del siglo xvii, no existiría la ciencia moderna. Es, puesto que ignora la naturaleza orgánica y evolucionadora del hombre, por definición, el enemigo de toda obra creadora; el enemigo, por lo tanto, por oculto que esté, del arte y, en el sentido marxista, de la revolución.

Voy a exponer brevemente síntomas y actitudes en nuestros escritores revolucionarios que revelan (aunque los escritores mismos no lo sepan) esta filosofía estéril...

1. Incredulidad en la autonomía del arte del escritor; en su papel integral como arte en el crecimiento orgánico del hombre y específicamente en el movimiento revolucionario. Esta desconfianza de sí mismo hace que el escritor capitule como artista: lo induce a tomar órdenes, como artista, de líderes políticos—con gran asombro de los más inteligentes de dichos líderes políticos. Hace que el escritor americano haga mal uso en su arte de definiciones extranjeras prestadas de valores que tienen fuerza lógica en su lugar y tiempo de origen; pero que aquí no tienen sentido. Este es un traslado de la novelaría del trabajo literario americano de clase media.

2. Del mismo punto de vista inorgánico de la vida y por tanto del arte, viene el concepto servil o pasivo de la literatura revolucionaria como "propaganda" principalmente "informativa", "reflectiva". Esto es desde luego tomado del concepto de la clase media, de mediados de la época victoriana, sobre el arte utilitario o moralístico. No hay razón por qué la buena literatura no sea de gran importancia documental, y que no tenga un fuerte interés político. En verdad, en una edad dinámica como la nuestra, un arte literario profundo, en cuanto debe revelar las más profundas fuerzas evolutivas del hombre en la época, debe ser "propaganda" para estas fuerzas y para la meta de estas fuerzas. Pero esta clase de propaganda se deriva de la efectividad del trabajo como arte literario y depende de ella.

3. ¿Qué es lo que asesina la eficacia de tantos de nuestros escritores revolucionarios? El indicio es la palabra "asesina". Todos sabemos que el asesinato es un rasgo conspicuo americano; se dice que hay más asesinatos en los Estados Unidos en un día que en los países europeos en un mes. Ahora bien, el asesinato es una especie de atajo: es una solución demasiado simplificada de un problema—digamos un marido regañón o una mujer machacona— simplemente saliendo de ellos. Elimina

Quiere Ud. buena Cerveza?...

Tome **“Selecta”**

No hay nada más agradable ni más delicioso.

Es un producto **“Traube”**

la vida de la cual el problema es un factor. Lo que es el asesinato al arte de la vida, esta filosofía muerta es a la sabiduría; y traducida a términos literarios viene a ser exceso de simplificación. Llámese, si se prefiere, una especie de acción directa mal dirigida o forzada. Estos son algunos de sus resultados:

a. Novelas tratando de revelar el portentoso revolucionario y la sustancia de nuestro mundo y que están llenas de estereotipos... o imitan el picante lenguaje periodístico de noticias de acontecimientos superficiales... o son el eco de las baladronadas (ocultando debilidad) de la escuela Hemingway-Dashiell de Hammett... o toman los efectos pedestres y parduscos del realismo victoriano—como si estos fueran adecuados para comunicar la realidad — trágicos, burlescos, explosivos, coribánticos, tiernos, profundos como el infierno y altos como el cielo, de la vida americana!

b. Cuentos y poemas del proletariado que muestran a los trabajadores como gentes medio muertas, desprovistas de imaginación, de altas aspiraciones y

de risa, que son las fuentes de la creación—y de la revolución.

c. Ensayos laboriosos de crítica e historia literaria en que los cuerpos orgánicos de los trabajos de poetas y prosistas están mutilados y achatados hasta convertirse en simple papel de tapizar para la estructura de un argumento político.

4. En estas negativas, a menudo de hombres de verdaderas dotes literarias, a encontrar el material para un arte revolucionario profundo, está la corrupción ideológica. Su mal final es volver el propio marxismo una filosofía dogmática y mecánicamente cerrada. Y el efecto de esto, si fuera a persuadir a nuestra vehemente, indisciplinada y sensitiva juventud (trabajadores lo mismo que escritores) sería repelerlos: en verdad, obligar a muchos de ellos (y no los peores por ser los más perplejos) a buscar las escuelas reaccionarias del pensamiento que sirven de jarabe de pico a las formas antiguas de intuiciones orgánicas del hombre.

Si la juventud de América se ve arrastrada por las decadentes lealtades del nacionalismo y de la iglesia a las filas del fascismo, será en parte porque este racionalismo muerto, implícito en la moribunda cultura capitalista, les ha impedido a nuestros escritores revolucionarios hacer ver claramente que la vida hoy—en las profundidades que exigen sacrificio, lealtad y amor—está del lado de la revolución.

El escritor revolucionario americano... para hacer su papel, que es crear el medio cultural para la revolución... tiene que ver la vida por entero. Tendrá un credo político; si es hombre generoso, le será difícil renunciar a alguna participación en la lucha diaria político-industrial. Pero su orientación política tiene que estar dentro de su orientación hacia la vida como artista, y nacer de esa orientación. Cualquier conducta, cualquier credo, vive dentro de la sustancia dinámica de la vida misma; y esta sustancia, en todos sus atributos, es el deber del artista. Por lo tanto es apropiado decir que la visión que tenga de la vida un artista ES el material de su arte.

Existe mucha confusión entre nosotros entre "material" y "asunto". El asunto de un libro es un simple rótulo o cubierta; puede engañar o estar va-

Cansancio mental
Neurastenia
Surmenage
Fatiga general

son las dolencias que se curan rápidamente con

KINOCOLA

el medicamento del cual dice el distinguido Doctor Peña Murrieta, que

“presta grandes servicios a tratamientos dirigidos severa y científicamente”

cío. Nuestro poeta o prosista, por su lealtad a la clase trabajadora (ya haya nacido o no en ella) y por selección natural de asuntos fuertes y expresivos, escribirá cada día más sobre las luchas del agricultor y del trabajador. Pero si su visión es sana, ésta hará—sea cual fuere su asunto—el material para el arte revolucionario. El término "proletario" aplicado al arte debe referirse a la clave y a la visión en que se conciba la obra, más bien que al asunto. Debe ser un término cualitativo, no cuantitativo. Una historia de la vida de la clase media o de la vida intelectual, o aun de figuras mitológicas, si está encendida con la visión revolucionaria, es arte proletaria más efectiva—y arte más eficaz para los proletarios — que un anaquel lleno de novelas insípidas acerca de trabajadores estereotipados.

Quiero caracterizar dos de nuestros problemas específicos.

Nosotros los escritores tenemos dos caminos para llegar al dominio de nuestro material. Tenemos que penetrar la vida en las personas y en nuestro propio yo. Estos dos caminos son realmente uno; y el escritor tiene que emprenderlos los dos a la vez, de otra manera no podrá adelantar en ninguno. Si miramos a las personas o a las clases, excepto con el ojo del conocimiento de nuestro propio yo, no las veremos; y si miramos hacia nuestro yo interior, excepto con un ojo disciplinado por el conocimiento objetivo, veremos solamente las neblinas del egoísmo que son la negación del verdadero yo. Aun más complejo es este doble camino que tenemos que tomar, y nunca dejar de tomar. Si miramos a las personas de una clase, no las conoceremos a menos de que no veamos la clase opuesta. Si miramos al presente de cualquier escena, no la conoceremos a menos de que no veamos dentro de ella el pasado... y su dirección dinámica: su futuro. Esta es la dialéctica del artista.

Porque las clases estén en un conflicto mortal y porque nosotros hayamos tomado partido, esto no quiere decir que ellas no tengan nada en común: quiere decir que tienen la vida en común. La lucha de clases, para nosotros, es un foco de luz, una forma moderna, por la cual se revelan intempestivos ingredientes de la naturaleza humana comunes a todo el mundo. No es un sustituto del entendimiento, sino una especie de espectro en el cual el hambre, la pasión, el amor, la piedad, la envidia, la adoración, el ensueño, el miedo, la desesperación y el éxtasis reciben un orden dinámico moderno.

El otro ramal de nuestro camino simultáneo es el propio yo. El yo es el número entero de valor y de acción social, la norma y forma de vida como el hombre puede conocerla. El escritor revolucionario debe entender la persona, o sus retratos de la lucha social serán achatados y efímeros como un cartel en una cartelera. Desde el tiempo de Shakespeare, Cervantes y Racine, los artistas estaban creando la imagen del "Alma solitaria", la "voluntad atómi-

OCTAVIO JIMENEZ A.

Abogado y Notario

OFICINA:

50 varas Oeste de la Tesorería
de la Junta de Caridad.

Tel. 4184 — Apdo. 338

ca"—una imagen que sirvió para constituir el medio en que podría florecer la economía individualista protestante-burguesa. Tenemos que tener poetas para cantar la imagen de la nueva y más real persona: la persona que se da cuenta de que está integrada en un grupo y en el cosmos; la persona a través de la cual habla el todo — célula consciente del orden consciente comunista.

Sólo haciendo ver claramente los valores intempestivos en la lucha de clases a todos los miembros de las clases explotadas y a las personas sensitivas de todas clases (pues bajo el capitalismo todos los hombres honrados y todas las mujeres honradas están oprimidos) puede el escritor estimular la voluntad para la acción revolucionaria. Sólo profundizando su comprensión de las formas culturales históricas, tales como la religión, en la cual estaban sintetizadas, por defectuosa e impuramente que fuera, las intuiciones más profundas del hombre acerca de su naturaleza orgánica (como la voluntad creadora del hombre maduro está sintetizada en el ensueño y en el juego del niño) puede el escritor tocar el espíritu del trabajador y del agricultor y de la clase media americana, para libertar su espíritu de formas anticuadas y llevarlo por nuevos canales creativos. Y sólo así podemos nosotros salvarlos de las devociones decadentes que son el cebo traidor de los fascistas.

Así, que el escritor revolucionario americano dé menos que todo el cuadro, es mala filosofía, mal arte—y mala estrategia.

Sabemos que hay guerra; hemos declarado esta guerra nuestra; y sabemos que en la guerra la estrategia es importante. Pero ésta es una guerra cuyo campo de batalla es el mundo — el mundo de extensión, y no menos el mundo de profundidad interior. En esta batalla hay sinnúmero de luchas separadas. Muchos, combatiendo en sus frentes especiales, se ven obligados, por lo crítico de su posición, a ignorar su relatividad en el todo; o a menospreciar y olvidar valores que no parece puedan aplicarse a su necesidad única y urgente. Por lo tanto, nosotros los escritores debemos conocer la anchura y profundidad de toda la lucha; conocer su fondo y su primer plano: conocer sus valores fundamentales dentro de sus fines inmediatos: para que, por la experiencia común de nuestro trabajo, se guarden el equilibrio y la unidad; para que en la fiebre de la lucha no languidezca ninguna herencia humana de verdad y libertad; y que la gran guerra por el Hombre se mueva, sin error ni ceguera, hacia su fin. Nuestro trabajo especial es el universal. En nuestro campo, no puede haber estrategia, sino la verdad entera.

Si algún escritor pone esto en tela de juicio, dudo que sea un artista; y dudo que sea marxista. Si creemos que el Comunismo es el próximo paso orgánico del mundo que va a libertarse liberando las fuerzas mundiales de salud, tenemos que creer en un arte que revele las profundidades del hombre que marquen este destino. Encerraremos en nuestra obra la sustancia de la vida: la sangre, el hueso, el ojo, el abrazo consciente de la necesidad cuyo hijo es la libertad—sabiendo que en tanto como demos vida a esta verdad, nos estamos moviendo y moviendo a los que nos oyen, hacia la Revolución.

Más de

25 AÑOS DE LABORATORIO

con más de

300.000 EXAMENES

son la mejor garantía del

LABORATORIO

del

Licenciado CARLOS VIQUEZ

Ha llovido
y en cada ciprés
hay un sinfín de gotas
de cristal;
ha llovido
y en el corazón
hay un millar de perlas
de ilusión...
Cristalizada el alma está
por la emoción.

Canta el aguacero
un himno cordial
y el agua que corre
se lanza hacia el mar;
le lleva a las ondas
su fuerza vivaz,
su impulso de vida,
su marcha triunfal.

En este aguacero,
—medita el labriego—
hay nuncios de espigas,
de pan y alegría,
canción de mujeres,
que al caer de la tarde

Primera lluvia

Envío del autor.— Costa Rica. Abril de 1935. —

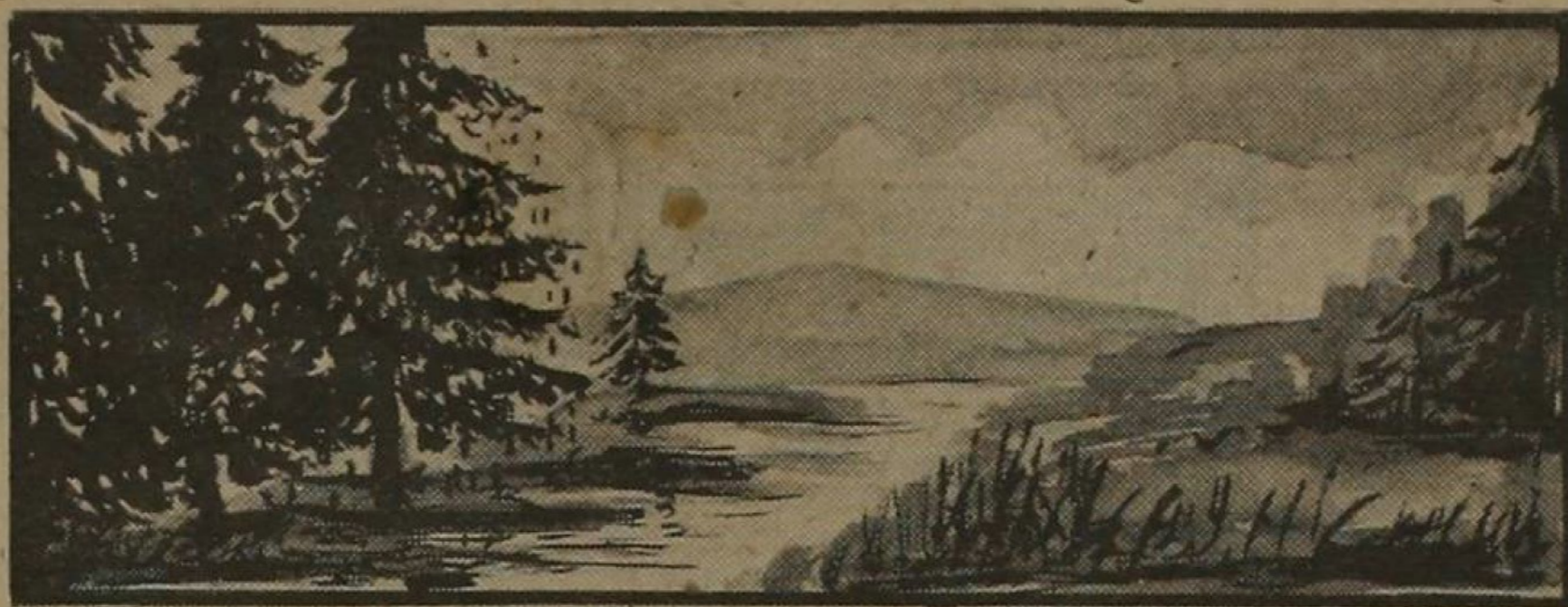


Ilustración de G. Huertas.

recogen las mieses
y van por los campos,
sonrientes y bellas,
dejando una estela
de versos y flores,
de ensueños y amor...

En este aguacero
recuerda la abuela
las horas pasadas
al par de la hoguera
con su compañero
que hoy duerme en la tierra

J. J. Salas Pérez

después de mil luchas
y torpes afanes.

En este aguacero
hay germen de dichas,
también de tristezas
e ignotas tragedias.

Sigamos el curso
de todas las aguas
que bajan del cielo
y bañan la tierra
y llegan al mar;
sigamos el curso
de todas las aguas
que dejan la tierra
y suben al cielo
y logran ser nubes
de blanco esplendor...

Bañemos los cuerpos,
bañemos las almas
en aguas lustrales
de eterno vigor.

La Liga de escritores americana...

(Viene de la página 312)

tacado entre la colaboración de "New Masses", vino de Minneapolis. Eugene Clay, joven poeta negro, vino de Washington; Eugene Gordon, de Boston, Josephine Herbst habló de su gente de Pensilvania, colonos alemanes que llegaron mucho tiempo antes de la Revolución Americana. Grace Lumpkin era un delegado del lejano Sur, Rebeca Pitts, de Indiana. Había escritores de Arkansas y Nueva Méjico. El medio social de estos escritores era también muy diferente. La mayor parte, sin duda alguna, pertenecen a la clase media, pero Jack Conroy, Michael Gold y muchos de los escritores más jóvenes, proceden directamente de la clase trabajadora: Langston Hughes, el poeta del trabajador negro, no pudo estar presente, pero se leyó un ensayo suyo en la sesión de apertura.

En el Congreso tomaron la palabra algunos líderes de la clase trabajadora, entre ellos Earl Browder, Secretario General del Partido Comunista, Hays Jones, marinero, Angelo Herndon y Clarence Hathaway editor del "Daily Worker".

Harry Carlisle de Los Angeles, destacó el problema que confrontan muchos escritores hoy día. Hasta hace unos pocos años, él era un novelista que se inclinaba decididamente a buscar material en la vida de los trabajadores. Durante el colapso económico había sido arrastrado a la lucha de los trabajadores del campo y del mar en California y había desplegado actividad en la organización de su ramo. Pero este es un problema que se ha resuelto gradualmente aun en California, en donde se echa mano a todos los organizadores en disponibilidad. Con el crecimiento de la base del movimiento, en el Oeste—explicó Carlisle—ha sido posible una mayor división del trabajo y los poetas y los novelistas pueden empezar ahora a laborar en su trabajo profesional.

Earl Browder en su discurso de la primera sesión, se refirió a este dilema:

"Primero está la pregunta: ¿Puede el Partido reclamar un papel dirigente en el campo de las bellas letras? Si es así, ¿sobre qué bases?

"Nuestro Partido pide guiar políticamente a sus miembros, en todos los campos del trabajo, inclusive el de las

artes. Hasta qué punto tal dirección puede ser ejercida sobre personas que no son del Partido, depende enteramente de la cualidad del trabajo de nuestros miembros. Si esta cualidad es grande, la influencia del Partido crecerá; si la cualidad es débil, nada en el mundo puede dar al Partido un papel dirigente. Nosotros no pedimos sino el ser juzgados por la calidad de nuestro trabajo.

"Esto significa, que la primera exigencia del partido a sus miembros escritores, es que sean buenos escritores,

cada vez mejores, porque sólo así pueden servir al Partido. No queremos tomar buenos escritores y hacer de ellos malos dirigentes de lucha".

El Congreso terminó sus sesiones con la tarea para la cual había convocado, la organización de la Liga de Escritores Americanos, para afiliarse a la Unión Internacional de Escritores Revolucionarios. La Liga, bajo la dirección de Waldo Frank, comienza su carrera con unos doscientos miembros. El trabajo de la Liga se llevará a cabo por un Consejo nacional de 50 miembros. De este Consejo Nacional, el Congreso eligió diecisiete miembros para el Comité Ejecutivo, que guiará el trabajo central del cuerpo en Nueva York. Los miembros del Comité Ejecutivo son: Kenneth Burke, Maldon Cowley, Waldo Frank, Joseph Freeman, Michael Gold, Henry Hart, Josephine Herbst, Granville Hicks, Matthew Josephson, Alfred Kreyborg, John Howard Lawson, Albert Maltz, Harold Clurman, Edwin Seaver, Isidor Schneider, Genevieve Taggard, Alexander Trachtenberg.

Nos levantamos y vivamos al Congreso, los delegados que partían, la nueva Liga de Escritores Americanos que se había organizado y a Waldo Frank en su tarea llena de responsabilidad. La Liga trabajará por una mayor unidad de propósito y creará un significado orgánico social para la literatura que nunca se ha visto antes en nuestra historia.

PARA SUS REGALOS

y trabajos a perfección,

recuerde siempre

La Joyería de su Confianza

SCRIBA & GONZALEZ

Frente al Palacio Nacional

In angello cum libello — Kempis.—

En un rinconcito, con un librito,

un buen cigarro y una copa de

Anís Imperial

suave - delicioso - sin igual

FABRICA NACIONAL DE LICORES - San José, Costa Rica

El estilo de la Revolución

Por JORGE MAÑACH

= Envío del autor (Nueva York, N. Y.: 453 West, 119 Str.)—A este artículo se le ha conferido el premio «Justo de Lara».—Se publicó en el periódico *Acción*, La Habana, el 21 de octubre de 1934 =

Desde hace por lo menos un año, casi todos estamos en Cuba fuera de nuestro eje vital, fuera de nuestras casillas. La mutación de la vida pública, con ser hasta ahora una mutación muy somera, a todos nos ha alcanzado un poco, y a algunos nos ha movilizado por derroteros bien apartados de nuestro camino vocacional. Nos ha hecho políticos, políticos accidentales del anhelo revolucionario.

No tenemos más remedio — y hasta podríamos decir que hoy por hoy no tenemos más deber — que aceptar con fervor esta responsabilidad que los tiempos nos han echado encima. Nadie fué antaño más tolerante que yo hacia el hombre de artes o de letras que se mantenía pudorosamente al margen de las faenas públicas. Porque estas faenas tenían entonces la índole y los propósitos que ustedes saben: la carrera política era un ejercicio de aprovechamientos, una carrera en que los obstáculos sólo los ponía la conciencia, de manera que, prescindiendo de ésta, solía llegarse a la meta sin mayores dificultades. Así se fué segregando, al margen de la vida pública, una muchedumbre de gentes sensitivas, que no se avenían a dejarse el pudor empeñado en las primeras requisas del comité de barrio. Y, naturalmente, sucedió que la cosa pública se fué quedando, cada vez más exclusivamente, en manos de aquellos que se sentían capaces de echarse el mundo a la espalda, y que generalmente se lo echaban.

Pero aquella abstinencia de los decorosos, de los sensitivos, les iba cerrando más y más el horizonte. Creímos que se podría mantener la vida pública cubana dividida en dos zonas: la zona de la cultura y la zona de la devastación. Y creíamos que, ampliando poco a poco, por el esfuerzo del educador, la primera de esas parcelas—con artículos, conferencias, libros y versos—acabaríamos algún día por hacer de todo el monte orégano. Lo cierto era lo contrario. Lo cierto era que la política rapaz iba esparciendo cada vez más sus yerbajos por el terreno espiritual de la nación, nos iba haciendo todo el suelo infecundo, todo el ambiente irrespirable, todos los caminos selváticos.



Jorge Mañach
(1935)

Y un buen día, los cubanos nos levantamos con ganas de poda y chapeo. Nos decidimos a asumir la ofensiva contra el yerbazal venenoso. No se trataba ya sólo de defender los destinos políticos de Cuba, sino sus mismos destinos de pueblo civilizado, su vocación misma a la cultura. En esta tarea estamos todavía, y digo que no nos podemos sustraer de ella, si no queremos volver a las andadas.

En los momentos dramáticos que vivimos, urgidos a la defensa de la primera gran oportunidad que Cuba tiene de renovarse enteramente, no acabo de hallar en mí, ni de comprender en los demás, la aptitud para acomodarse otra vez a la pura contemplación. Todo lo que hoy se contempla parece deforme en sus perfiles y sin ningún contenido duradero. Estamos habitando un pequeño mundo vertiginoso, frenético de impaciencia y necesitamos sosegarlo, sosegarlo noblemente en una postura de gracia histórica, antes de retornar a las imágenes y a las perspectivas, es decir, a los goces del pensamiento, de la poesía y del arte puros.

Porque, en rigor, esta pureza no existe. Lo digo con el rubor heroico de quien confiesa una retractación. Por arte o pensamiento puros entendimos nosotros hace años — en los años del yerbazal—ejercicios de belleza o de reflexión totalmente desligados de la inmediata realidad humana, social. Defendimos mucho aquella supuesta pureza. Eran los días — ustedes se acordarán — del llamado «vanguardismo», que para el gran público se traducía en una jerigonza de minúsculas, de dibujos patológicos y de versos ininteli-

gibles. No se permitía ninguna referencia directa a la comedia o a la tragedia humana: eso era «anécdota», y nosotros postulábamos un arte y un pensamiento de categorías, de planos astrales.

La gente se indignaba, y ahora yo comprendo que tenía y no tenía razón. La tenía, porque el arte y la manifestación del pensamiento y la poesía misma no son otra cosa que modos de expresión, de comunicación entre los humanos. Y no hay derecho a sentar como normas de expresión aquellas formas que no sean francamente inteligibles. Ni tampoco lo hay, de un modo absoluto, a excluir de la expresión las experiencias inmediatas, cotidianas, que constituyen el dolor o el consuelo de los hombres, su preocupación o su esperanza.

Visto a esta distancia, el vanguardismo fué en ese aspecto, una especie de fuga, una sublimación inconsciente de aquella actitud marginal en que creíamos deber y poder mantenernos para salvar la cultura. Lo que nos rodeaba en la vida era tan sórdido, tan mediocre y, al parecer, tan irremediable, que buscábamos nuestra redención espiritual elevándonos a planos irreales, o complicándonos el lenguaje que de todas maneras nadie nos iba a escuchar. Diego de Rivera, el gran mexicano que hacía en su tierra una pintura mural fuerte, militante y cargada de odios sociales, nos parecía un gran talento descarriado. Pedíamos los vanguardistas un arte ausente del mundo, porque estábamos viendo aquí un pedazo de mundo casi inhabitable. Y así nos salía aquel arte sin dolor y casi sin sustancia, un arte adormecedor y excitante a la vez, un arte etílico que se volatizaba al menor contacto con la atmósfera humana.

Recuerdo que por entonces, el gran Varona escribió, refiriéndose a nosotros, una frase que nos pareció de una venerable insolencia: «Están por las nubes. Ya caerán». Y, efectivamente, caímos. Caímos tan pronto como la tiranía quiso reducirnos, del nivel de la opresión, al nivel de la abyección. El mes mismo que mataron a Trejo, nos pusimos a conspirar. Se suspendió la «Revista de avance» y se fugaron los sueños. La

EL BUFALO

50 vs. al Sur de la cantina «El Cometa», San José

Ordene sus trabajos a esta
ZAPATERIA
donde será bien atendido.

Especialidad en CALZADO FINO
PRECIOS BAJOS

LA CONCHITA

Fábrica de CACAO
de Superior Calidad.

Elaborado para complacer el gusto
más exigente. Pídalo al telef. 3952

Contiguo a la pulpería «El Dollar»

realidad era ya una pesadilla inexorable. Y sin embargo, aquello del vanguardismo no fué en rigor una sumisión, ni fué una cosa inútil. Fué también una forma de protesta contra el mundo caduco que nos rodeaba. Y preparó, a mi juicio, el instrumento de expresión mediante el cual han de encontrar su voz y su imagen los tiempos nuevos.

Aquella rebelión contra la retórica, contra la oratoria, contra la vulgaridad, contra la cursilería, contra las mayúsculas y a veces contra la sintaxis, era el primer ademán de una sensibilidad nueva, que ya se movilizaba para todas las insurgencias. Lo que nosotros negábamos en el arte, en la poesía y en el pensamiento era lo que había servido para expresar un mundo vacío ya de sustancias, vacío de dignidad y de nobleza. Negábamos el sentimentalismo planificado, el civismo hipócrita, los discursos sin médula social o política, el populatismo plebeyo y regalón: en fin, todo lo que constituía aquel simulacro de República, aquella ilusión de nacionalidad en un pueblo colonizado y humillado. Nos emperrábamos contra las mayúsculas, porque no nos era posible suprimir a los caudillos, que eran las mayúsculas de la política. Le tomábamos el pelo a Byrne, porque contribuía a la ilusión de que con la bandera bastaba para estar orgullosos. Deformábamos las imágenes de los dibujos, porque lo contrario de esa deformación era el arte académico, y las academias eran baluartes de lo oficial, del Favoritismo y la rutina y la mediocridad oficiales. Alentábamos lo afro-criollo, porque veíamos en ello una insurgencia sorda, un intento por romper la costra de nuestra sociedad petrificada. Cultivábamos el disparate para que no lograsen entendernos las gentes plácidamente discretas, con quienes no queríamos comunicación. Hacíamos, en fin, lo que llamábamos un arte "aséptico", como una reacción contra la mugre periodística y la fauna microbiana que lo invadía todo en derredor.

Pero, entre tanto⁹ fijaos bien: se iba templando un instrumento nuevo. Un instrumento de precisión.

El estilo de escribir, de pintar, de pensar, se iba haciendo cada vez más ágil y flexible, más apto para ceñirse a las formas esquivas de la idea o de la emoción. Más capaz de brincar grandes trechos de lógica sin perder la gravedad. Más dispuesto para transfigurar imaginativamente las cosas. Esto ya en sí estimulaba el ansia de una realidad nueva. Nadie puede calcular lo que supone cultivar esas destrezas. La calistenia y la gimnasia son buenas porque, al capacitar al hombre para las emergencias físicas difíciles, le ponen en el cuerpo la tentación de provocarlas. Así, la capacidad de insurgencia y de innovación del espíritu se aumenta con esos ejercicios de expresión. Todas las grandes transformaciones sociales se han anunciado con un cambio en el estilo de pensar y de expresar. Lo primero fué siempre el verbo.

Sinceramente yo creo, pues, que el

vanguardismo fué, en la vertiente cultural, el primer síntoma de la revolución. No digo, claro está, que fuesen los vanguardistas quienes hicieron lo que hasta ahora se ha hecho; digo que ellos contribuyeron a sembrar el ambiente de audacias, de faltas necesarias de respeto, de inquina contra los viejos formalismos estériles. Los esbirros de Machado no andaban muy desacertados cuando recogían y denunciaban, por el simple aspecto de sus carátulas, las revistas osadas de aquella época. Aquel dibujar hipertrófico, aquella negación de la simetría, aquella repugnancia a las mayúsculas, eran ya para su olfato de sabuesos otros tantos atentados contra el régimen. Y cuando la mutación política vino, emergieron en los periódicos, en los micrófonos y hasta en los muros de la ciudad gentes que manejaban, en

crudo, un nuevo estilo, una nueva sintaxis y a veces un gusto insurgente de las minúsculas. Se cumplía así la prehistoria del estilo revolucionario.

La Revolución verdadera, la que sí lleva mayúscula y está todavía por hacer, utilizará como instrumento constructivo, en el orden de la cultura, esos modos nuevos de expresión que antaño nos parecieron simplemente arbitrarios y desertores.

Porque la renovación integral de Cuba tendrá que incluir, desde luego, una intensificación de la actividad creadora del espíritu, y en tanto en cuanto esa actividad sea susceptible de módulos nuevos, la Revolución los impondrá. No se concebiría un suceso político y social semejante sin un arte nuevo, una literatura nueva, un nuevo ritmo y rumbo del pensamiento. El comunismo es también Mayakowsky y Pilnyak, como el fascismo es Marinetti y Chirico.

El contenido de esa expresión revolucionaria cubana será la emoción jubilosa o ardida ante las imágenes de un medio social más altivamente cubano y más justo: de una patria enérgica y unánime liberada de todo lo que hasta ahora la unció o la dividió contra sí misma: la supeditación económica, el parasitismo, la politiquería rapaz, la incultura, la ausencia de jerarquías, la lucha feroz de las clases.

Y para expresar esa emoción y esa imagen de la Cuba armónica, se recurrirá sin duda a un lenguaje literario y artístico, que en nada se parezca al de la época sumisa. No el lenguaje insurgente del vanguardismo, que fué sólo un experimento previo de minoría; pero sí el que pasó por aquella prueba críptica y sacó en limpio una agilidad, una gracia, una energía y una precisión totalmente desconocida para las academias del viejo tiempo. En suma, un lenguaje de avance, puesto al servicio de una patria ya moderna.

Con la renovación integral de Cuba se producirá así la síntesis entre aquel estilo desasido de antaño y las nuevas formas de vida. En el molde vacío que el vanguardismo dejó, se echarán las sustancias de la Cuba Nueva.

INDICE



EDICIONES DE «EL CONVIVIO» A \$ 0.15 U. S. A. EL EJEMPLAR

- Ernesto Renán: *Páginas escogidas*.
 Julio Torri: *Ensayos y fantasías*
 Rafael Heliodoro Valle: *El rosal del Ermitaño*.
 Kalil Gibrán: *El loco*.
 Carlos Guido y Spano: *Poesías*.
 Eugenio de D'Ors: *De la amistad y del diálogo*.
 Emilio Roig de Leuchsenring: *El caballero que ha perdido su señora*.
 Mariano Aramburo y Machado: *Discursos*.
 José M. Chacón y Calvo: *Ensayos sentimentales*.
 Samuel Velásquez: *Madre*.
 José Moreno Villa: *Florilegio*.
 Napoleón Pacheco: *Personalidad literaria de Ventura García Calderón*.
 Rabindranah Tagore: *El jardinero de amor*.
 Ernesto Renán: *Páginas escogidas* [otra serie].
 Arturo Torres-Rioseco: *Walt Whitman*.
 Juan de Bonnefon: *El Cantar de los Cantares que trata de Salomón* [Versión de Rafael Estrada].
 Clásicos y Modernos: *Lecturas de Varona*.
 D. C. M. Freudlich: *Savitri* [un episodio del Mahábhárata].
 Dimitri Ivanovitch: *La ventana y otros poemas*.
 Rómulo Tovar: *De Atenas y de la Filosofía*.
 Arturo Torres-Rioseco: *En el encantamiento*.
 Carlos Vaz Ferreira: *Reacciones*.
 Enrique Díez-Canedo: *Sala de retratos*.
 Ernesto Renán: *Emma Kosilis*.

Solicítelos al Admor. del Rep. Am.

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSE, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas Extranjeras

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)

Máquinas de Contabilidad BURROUGHS (Burroughs Adding Machine Co.)

Máquinas de Escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas (Globe Wernicke Co.)

Implementos de Goma (United States Rubber Co.)

Maquinaria en General (James M. Motley, New York)

JOHN M. KEITH,
Socio Gerente.

RAMON RAMIREZ A.,
Socio Gerente.

Manuel Ugarte se nos fué...

Por EDUARDO AVILÉS RAMÍREZ

= De *El Nacional*.—México, D. F. 19, mayo, 1953 =

Cuando en México sean leídas estas líneas, Manuel Ugarte estará ya en camino de Buenos Aires, amargo camino del retorno.

Manuel Ugarte viene de regreso de otros caminos, de otras rutas interiores, de otros continentes morales e intelectuales. Acumuló a través de los años la más limpia, la más clara celebridad; sacrificó al servicio de un ideal sus cabellos negros (hoy los tiene blancos) y hasta el último de los dineros de su repleta escarcela; por amor de la América Latina se enemistó con media humanidad, abandonó su patria, descuidó su gloria literaria, comprometió su vejez; por amor a la novia continental lo escaparon de asesinar, caminó a lomo de mula por el espinazo granítico del Ande, entabló mil polémicas hirsutas en francés, en inglés, en chino; y se batió con el exilio como Hamlet se batía con el destino fatal.

Y ahora regresa Manuel Ugarte a la patria argentina, pobre y con los cabellos blancos. México debe acordarse bien de él. La aventura fué hace más de veinte años. Ugarte se presentó en México para iniciar su travesía continental y elevó las masas intelectuales y las masas, a secas, con sus discursos, con sus conferencias, con sus artículos. Flotaban entonces en México los relentes sulfurosos de la pasión antiyanqui y el verbo de Ugarte encendía en las conciencias verdaderos fuegos de bengala. De México descendió por todo el espinazo andino, incendiando los predios, en estado casi colonial, de nuestras naciones todavía no responsables del todo. La batalla no terminó con su arribo a Buenos Aires: "Ahora comienzo!" —dicen que contestó a los que desde el gobierno y desde ciertos sectores de la prensa pretendían que ya no tenía nada que hacer. Y fué como si comenzara, en efecto. Desde entonces han pasado más de veinte años...

A veces, en el minuto íntimo, Manuel Ugarte deja correr palabras amargas. La Argentina, su patria original, ha sido implacable con él. No le ha perdonado jamás su actitud de paladín y hasta conscientemente lo ha abandonado entre las garras de la pobreza, a las puertas de la vejez, haciendo gala de entrañas duras. La gran prensa bonaerense siguió el ejemplo de los gobiernos que se han sucedido y exiló cuidadosamente de sus columnas la firma y la ideología de Manuel Ugarte, como si se avergonzara de él y de su popularidad. Los asnos diplomáticos no han querido conocerlo—Pedros delante de Jesús—cuando lo han encontrado en el extranjero, y algunos de ellos, cuando se les ha pedido informes oficiales sobre "Monsieur Ugarte", han contestado dando informes infamantes que lo han hundido más en la miseria.

—Es el destino de los apóstoles—le digo yo, tratando de diafanizar su situa-



Manuel Ugarte

ción—Usted se dió a la prédica americanista como otros se dan al militarismo, a la medicina, a la astronomía, comprometiendo la totalidad de sus posibilidades, tocando los límites del misticismo. Usted es el San Francisco de Asís del continente americano... Su doctrina ha dado frutos, su ideología ha cristalizado en una muralla tras la cual se parapetan las juventudes actuales...

Ugarte queda soñador, un momento. Después dice:

—Pero esta virtud del sacrificio constante es larga de consecuencias, como un calvario. A veces me pregunto si no habré, yo también, arado en el mar...

Pero el secreto de Manuel Ugarte reside en que las dudas no ocupan sino una ínfima partícula de su alma. Héle aquí que dice:

—Hace tiempo quemé mis naves. No soy yo quien va a desandar tan largo camino. Voy a Buenos Aires con la firme intención de seguir siendo Manuel Ugarte: voy a recomenzar mi prédica y a fortalecer, en la juventud actual, los ideales que sembré hace treinta años en la juventud de entonces. Seguiré siendo enemigo de la indiferencia disolvente, y a renunciar de antemano a todo privilegio, para conseguirlo, como renuncié hace veinticinco años a ser diputado y más tarde a ser senador. Un hombre no es más que un accidente de la lucha. Me considero, pues, un mero accidente; lo importante es que las ideas fructifiquen. Siempre detesté al político artero que parece decir: "Tengo en la estación diez vagones cargados de democracia, ¿a cuánto me los com-

pran ustedes?" Hace más de un cuarto de siglo que sostengo en la prensa, en la tribuna y en el libro, la necesidad de un concierto entre las repúblicas latinoamericanas. A este ideal dediqué muchos libros, centenares de conferencias, viajes intercontinentales. Se ha tratado por todos los medios de inmovilizar al propagandista que vibraba en mí. Casi se me ha reducido a la indigencia, de manera artera, sistemática y concreta. Pero ahí me las de ntodas; yo regreso a Buenos Aires siendo el mismo Manuel Ugarte de siempre, como si no hubiesen pasado los años...

Admira, infunde respeto, este hombre vaciado en metales los más notables que es posible conseguir entre la compleja mineralogía del alma humana. Es un paladín irreductible, un Caupolicán infatigable, un verdadero héroe entre conformistas y "manfutistas" de todo pelaje. Delante de él yo evoco la figura simpática del "europeo" Masimo Bontempelli, refiriéndonos, una vez, aquí en París, los avatares de su revista "900". Esta publicación, blanco de todos los italianistas de la Italia contemporánea, llegó a no encontrar imprenta en donde tirarse, se le cerraron los créditos, se le retiraron anuncios y suscripciones.

—Imagínese usted — nos explicaba Bontempelli—que a un niño de seis meses de nacido lo amarran de pies y manos, le ponen una mordaza en la boca, lo meten en un saco, amarran al saco una tonelada de plomo y lo echan al mar. ¡Qué estupefacción para el mundo, cuando el infante sale nadando tranquilamente, diez minutos más tarde, sano y sonriente! Bueno, pues es lo que le ha pasado a mi "900"...

Yo evoco las palabras de Bontempelli frente a este Manuel Ugarte a quien gobiernos, diplomacia y gran prensa han tratado, en esfuerzos científicamente combinados, de asesinar, de meter en un saco, de amarrarle una tonelada de plomo y de echar al mar: Manuel Ugarte se obstina en no morir, y sobre todo en seguir luchando, en seguir predicando, en seguir apostolizando, verdadero Quijote del más sano y elevado idealismo nacido en tierras americanas desde hace 30 años.

Pero yo os aseguro que, cuando Manuel Ugarte se embarcó, anoche, en la estación del Quai d'Orsay, no pude evitar una emoción densa que se me subió a la garganta. Los cabellos blancos, bien blancos sobre su tez morena, anduvo un rato de ventanilla en ventanilla, seguido de un mozo de equipajes. Para despedirlo estábamos una dama francesa madame André Bizet, y yo. Nada más. ¿Así lo había querido él? Seguramente. En su lugar quizás otros habrían dado aviso a la banda municipal. Lo cierto es que dos personas solamente, después de tantísimos años de

(Pasa a la página 378)

Acercade dos frailes

= Del capítulo primero de la interesante obra *Santo Tomás de Aquino*, por G. K. CHESTERTON. Espasa-Calpe, S. A., Madrid, 1934. — Traducción de H. Muñoz =

... Se puede dibujar un esbozo de San Francisco; de Santo Tomás sólo se puede trazar un plan, como el plano de una ciudad laberíntica. Y, sin embargo, Santo Tomás se adapta mejor para un libro mucho más grande o mucho más pequeño. Lo que sabemos de su vida podría despacharse en unas pocas páginas, porque él no desapareció, como San Francisco, en un torbellino de anécdotas personales y leyendas populares. Lo que sabemos o podríamos saber o quizá tengamos la fortuna de aprender acerca de su obra llenaría, probablemente, más bibliotecas en lo futuro que ha llenado en lo pasado. Es dado dibujar un bosquejo de San Francisco; pero tratándose de Santo Tomás todo depende del relleno de ese bosquejo. Era incluso medieval en cierto sentido iluminar una miniatura del Pobrecito, cuyo título mismo es un diminutivo. Pero hacer un digesto, al modo de tabloide, del Buey Mudo de Sicilia excede a todos los experimentos digestivos en las proporciones de un buey en una taza de té. Pero debemos abrigar la esperanza de que es posible trazar un boceto de biografía, ahora que cualquiera parece capaz de escribir un boceto de Historia o de cualquier cosa. Sólo que, en el caso presente, el boceto excede las condiciones de tal. El talar capaz de contener a aquel colosal fraile no se guarda en almacenes.

He dicho que éstos sólo pueden ser retratos a brocha gorda. Pero el contraste concreto es aquí tan sorprendente que aun si realmente viéramos las dos figuras humanas descendiendo de una colina en sus talares de frailes hallaríamos que el contraste llegaría a ser cómico. Sería semejante a ver, allá en lontananza, las siluetas de Don Quijote y Sancho Panza o las de Falstaff y mister Slender. San Francisco era un hombre flaco, pequeño y vivaracho; fino como un hilo y vibrante como la cerda de un instrumento músico, y en sus movimientos semejante a la flecha del arco. Toda su vida fué una serie de apuros y escapadas: lanzándose detrás del mendigo, corriéndose desnudo a los bosques, arrojándose en el barco extraño, tirándose a la tienda del Sultán y ofreciendo lanzarse al fuego. En su exterior debe haber aparecido semejante al esqueleto frágil y obscuro de una hoja de otoño bailando eternamente ante el viento; pero en realidad el viento era él.

Santo Tomás era un ingente y pesado toro: un hombre grueso, sosegado y tranquilo; muy complaciente y magnánimo, pero no muy sociable; remiso, aun aparte de la humildad de la santidad, y abstraído, aun aparte de sus experiencias de trances y éxtasis cuidadosamente ocultados. San Francisco era tan fogoso e incluso tan inquieto, que los eclesiásticos ante quienes se presentaba de súbito le tenían por un loco. Santo Tomás era tan estólido,



Tomás de Aquino

Fresco por Fray Angélico

que los estudiantes en las escuelas a que él atendía regularmente le creyeron un zote. En verdad era uno de esos estudiantes, no raros, que prefieren ser considerados unos zotes antes que sus sueños sean invadidos por otros zotes más activos y animados. Este contraste externo de las dos personalidades se extiende a casi todos los pun-



San Francisco de Asís

Hierro repujado y cincelado por Lorenzo Rafael

tos. La paradoja de San Francisco fué que mientras amaba con pasión los poemas tenía cierta desconfianza en los libros. El hecho sobresaliente de Santo Tomás fué que amó los libros y vivió de ellos; que vivió la misma vida que el estudiante de las *Fábulas de Cantorbery*, el cual prefería poseer cien libros de Aristóteles y su filosofía a toda la riqueza que el mundo le podía ofrecer. Cuando fué preguntado qué era lo que más agradecía a Dios, respondió sencillamente: "He entendido todas y cada una de las páginas que he leído". San Francisco era muy vívido en sus poemas y dejadizo en sus documentos; Santo Tomás dedicó toda su vida a documentar sistemas enteros de literatura pagana y cristiana, y de vez en cuando escribía un poema, como quien se toma un descanso. Los dos veían el mismo problema bajo diversos aspectos: de simplicidad y sutileza. San Francisco creía que sería suficiente abrir su corazón a los mahometanos para persuadirles a no adorar a Mahoma. Santo Tomás cansaba su cerebro con toda suerte de distinciones y deducciones, más sutiles que su propio cabello, acerca de lo absoluto o del accidente con el único fin de evitar se interpretase mal a Aristóteles. San Francisco fué hijo de un tendero o un comerciante de la clase media, y mientras que su vida fué una revuelta contra la vida mercantil de su padre, él retuvo, sin embargo, algo de la celeridad y adaptabilidad social que hace zumbar al mercado como una colmena. En frase común, aunque era amante de los verdes campos, no permitía a la hierba crecer bajo sus pies. Era lo que los millonarios y criminales americanos llaman un alambre vivo. Es típico de los mecánicos modernos que aun cuando tratan de representarse una cosa viva sólo pueden hacerlo mediante una metáfora mecánica tomada de un objeto inanimado. Existe tal cosa como un gusano vivo; pero no se da tal cosa como un alambre vivo. San Francisco admitió que era un gusano; pero un gusano muy vivo. Enemigo acérrimo del ideal ir adquiriendo, él había abandonado el adquirir, pero aun estaba yendo. Santo Tomás, por otra parte, venía de un mundo donde pudiera haber gozado de la comodidad; y fué siempre uno de esos cuyo trabajo tiene algo de esa placidez de la comodidad. Era trabajador acérrimo; pero nadie lo podría tomar por un aparatoso. Había algo indefinible en su derredor que suele distinguir a aquellos que trabajan cuando no necesitan trabajar. Porque él era por nacimiento caballero de una gran familia, y tal reposo puede ser una costumbre cuando deja de ser un motivo. Mas en él se expresaba sólo en sus elementos más atrayentes; así, había, por ejemplo, algo de esto en su cortesía y paciencia naturales. Todo santo es hombre antes que santo, y un santo puede llegar a

serlo cualquier hombre, y la mayoría de nosotros escogeremos entre estos tipos diferentes según nuestros gustos diversos. Mas yo confieso que mientras la gloria romántica de San Francisco no ha perdido nada de su atractivo para mí, en los últimos años ha crecido en mí casi tanto afecto, y en algunos aspectos todavía más, por este hombre que inconscientemente vivía en un gran corazón y en una gran cabeza, así como alguien que heredase una casa espaciosa y ejercitase en ella una hospitalidad tan generosa como desinteresada. Hay momentos en que San Francisco, el hombre menos mundano que jamás pisó la tierra, es casi demasiado eficiente para mí.

Santo Tomás ha vuelto a aparecer recientemente en la literatura ordinaria de colegios y salones de modo que hubiera causado sorpresa hace diez años. El santo es una medicina, porque es un antídoto. A la verdad, esa es la razón por qué el santo es de ordinario mártir; se le toma por veneno porque es un antídoto. Sucede de ordinario que él vuelve al mundo a sus cabales exagerando lo que el mundo olvida, que no es siempre el mismo elemento en todas las edades. Sin embargo, cada generación busca a su santo por instinto, y él no es lo que la gente quiere, sino lo que necesita. Esta es, sin duda, la significación de aquellas tan mal interpretadas palabras a los primeros santos: "vosotros sois la sal de la tierra", que dieron motivo al ex-Kaiser para notar con toda solemnidad que sus fornidos alemanes eran la sal de la tierra, queriendo decir con eso que ellos eran los más robustos y, por consiguiente, los mejores. Pero la sal sazona y preserva la carne, no porque es semejante a la carne, sino porque le es desemejante. Jesús no dijo a sus apóstoles que ellos eran solamente los hombres excelentes ni los únicos hombres excelentes, sino que eran excepcionales, que eran gente permanentemente incóngrua e incompatible, y el texto acerca de la sal de la tierra es, sin duda, tan agudo, penetrante y subido como el gusto de la

FABRICA DE MUEBLES

TALLER DE
Carpintería y Ebanistería

Fábrica de Puertas y Ventanas,

Trabajos Garantizados,

Precios Módicos

ENRIQUE VALLE

PIE DE CUESTA DE MORAS

sal. A que eran gente excepcional se debía que no debían perder su cualidad excepcional. "Si la sal pierde su sabor, con qué se ha de reparar?", es una pregunta más encumbrada que un mero lamento sobre el precio de la mejor carne. Si el mundo viene a ser demasiado mundano, puede ser reprochado por la Iglesia; mas si la Iglesia llega a hacerse demasiado mundana, no puede ser adecuadamente reprochada de mundana por el mundo.

De ahí la paradoja de la Historia que cada generación es convertida por el santo que más la contradice. San Francisco tenía una atracción curiosa y casi sobrenatural para los victorianos, para los ingleses del siglo xix, que superfi-

cialmente parecían ser demasiado complacientes acerca de su comercio y de su sentido común. No ya un inglés elegante como Matheu Arnold, sino también los demás liberales ingleses a quienes él censuró por su extremada complacencia, comenzaron gradualmente a descubrir el misterio de la Edad Media a través del cuento extraño relatado con plumajes y fuegos en los cuadros hagiográficos de Giotto. Había algo en la fábula de San Francisco que hería las cualidades inglesas más famosas y fatuas hasta llegar a aquellas otras más recónditas y humanas: la suavidad secreta del corazón, la vaguedad poética de la mente, el amor del paisaje y de los animales. San Francisco de Asís fué el único católico medieval que llegó a ser realmente popular en Inglaterra por sus propios méritos. Eso fué debido principalmente a un sentimiento subconsciente de que el mundo moderno ha olvidado aquellos méritos particulares. La clase media inglesa halló su único misionero en la figura que más despreciaba de todas las del mundo: la de un mendigo italiano.

Así, pues, como el siglo xix, precisamente porque había olvidado el romance, se asió al romance franciscano, de igual modo el siglo xx, porque ha olvidado la razón, se está asiendo a la teología racional tomista. En un mundo que era demasiado insensible, el cristianismo volvió en forma de un vagabundo; en un mundo que se ha vuelto sobremanera irreflexivo, el pristinismo ha vuelto en forma de un maestro de lógica. En el mundo de Herbert Spence: los hombres querían una cura para la indigestión; en el mundo de Einstein buscan un remedio para el vértigo. En el primer caso ya ellos obscuramente percibieron el hecho de que fué después de un largo ayuno que San Francisco entonó la canción del sol y la alabanza de la tierra fructífera. En el segundo caso ya van obscuramente viendo que, aunque solamente deseen entender a Einstein, les es necesario primero entender el uso del entendimiento. Ellos comienzan a ver que así como el siglo xviii se creyó la edad de la razón y el xix la edad del sentido común, del mismo modo el siglo xx no puede pensar de sí mismo otra cosa que la edad de rara estupidez. En estas circunstancias el mundo necesita un santo; pero, sobre todo, necesita un filósofo. Y estos dos casos muestran que el mundo, haciéndole justicia, tiene un instinto de lo que necesita.

Manuel Ugarte se nos...

(Viene de la página 376)

vivir en Francia, fuimos a darle el abrazo de despedida. Ya en la ventanilla:

—¡Adiós, Ugarte!

—¡Adiós! Adiós! ¡Adiós!...

Y eso fué todo. Madame Andrée Bizet y yo quedamos silenciosos, sin atrevernos a decir nada de lo que pensábamos. Escultora, pintora, periodista, esta dama admira a Ugarte como a un compañero de armas. Yo...

Ugarte se nos fué. Ignoro si la Argentina sabrá apreciar en toda su profunda significación este retorno del hijo pródigo, quizás demasiado gigante para darle albergue entre pigmeos. Lo cierto es que en París deja un vacío tremendo y un recuerdo imborrable...

Dr. FRANCISCO JIMENEZ R.

CIRUJANO - DENTISTA

Doctor en Cirugía Dental - Miembro Facultad Dental de Chicago,
Master en Ciencias Dentales de la Universidad de Northwestern.

Tiene el gusto de avisar la reciente apertura
de su **GABINETE DENTAL** situado al
costado Sur del Club Unión. - Tel. 2217

Bicentenario del humanista Goicoechea

Por RAFAEL HELIODORO VALLE

Envío del autor. — México, D. F. Mayo de 1955. —

Se ha celebrado el centenario de José Antonio de Liendo Goicoechea, ilustre franciscano que tiene primerísimo lugar en la historia de la cultura en Centroamérica.

Oportuno me parece revivir estas notas inéditas que Pedro Henríquez Ureña —maestro de muchos— me proporcionó cuando hacía indagaciones para la "Antología del Centenario" en 1909. Las notas dicen así:

"Fr. José Antonio de Liendo Goicoechea. —Nació en Cartago (Costa Rica) el 3 de mayo de 1735; sus padres fueron don Luis de Liendo Goicoechea y doña Baltasara de Insa. Entró en el Convento franciscano de Guatemala; fué lector de teología en Ciudad Real de Chiapas (hoy San Cristóbal las Casas) y luego en Guatemala. Se graduó de doctor en la Universidad de Guatemala, y fué durante veinte años catedrático de visperas de teología. Fué a España con el título de procurador general, y regresó conduciendo una misión de franciscanos. Se le eligió provincial de Guatemala; recorrió todo el país y fundó dos poblaciones (San Esteban de Tonjagua y Nombre de Jesús Pacura). Llevó a la enseñanza de los franciscanos de Guatemala la filosofía moderna, y la física experimental, para la cual formó un magnífico gabinete, adicionado con aparatos útiles para el estudio de otras ciencias: Beristáin dice que poseía "globos, esfera armilar, sistema planetario, microscopio, telescopio, barómetros, termómetro, máquinas neumática y eléctrica, tablas geométricas, mapas geográficos, cartas hidrográficas, tablas de longitudes y latitudes, y una meridiana, colocada en el centro de un jardincito, que cultivaba con sus manos". Gozó de grandísima estimación en América y aun en España, y fué corresponsal del Jardín Botánico de Madrid y de otras instituciones europeas.

"Se citan varios de los actos públicos en que intervino: de física experimental, que presidió en Guatemala en 1769; de teología dogmática, que sostuvo en 1792; de religión y de legibus; y como trabajos escritos, una disertación sobre los medios de destruir la mendicidad en Guatemala (Guatemala, imprenta de Beteta, 1797); disertaciones manuscritas sobre Hospicios, sobre lo que pueden recibir los obispos de América en las visitas de sus diócesis, sobre el trabajo de los indios; Descripción de las honras fúnebres del Virrey D. Matías de Gálvez, celebradas en Guatemala (Guatemala, 1785); Elogio fúnebre del mismo Virrey (Guatemala, imprenta de Sánchez Cubillas, 1785); Discurso gratulatorio pronunciado en junta pública de la Sociedad (¿Económica?) de Guatemala (Guatemala, imprenta de Beteta, 1798); Elogio fúnebre de los españoles muertos en defensa de su patria (Guatemala, 1810; este discurso probablemente se refería a la defensa contra Francia). Colaboró además en la Gaceta de Guatemala con trabajos literarios y de otro orden, bajo el pseudónimo de Licornes. No sabemos cuándo falleció; Beristáin dice que aun vivía en 1811".



El P. Goicoechea

Madera de F. Amighetti

Una carta de Goicoechea

De importancia capital, no sólo para la biografía de Goicoechea, sino también para la historia de Centro América es la carta que se publicó en el "Diario de México" (18, 19 y 20 de agosto de 1806) y que paso a reproducir:

Carta familiar escrita por el R. P. Dr. Fr. J. A. G. ex-Provincial de San Francisco en Gualaco a 11 de Febrero último a un amigo suyo residente en Guatemala:

"Me encuentro en las honduras de Agalta, y juzgo que por ella, se han llamado así estos países (habla de la Provincia de honduras). Es un valle grande, hermoso, y ame-

no; pero cercado por todas partes de montes altísimos cruzados de ríos profundos, y barrancos peligrosos. El primero que los penetró, estaba ciertamente aburrido de su existencia. Se entra trepando una eminencia, que llaman la cuesta de Fr. Pedro: sin duda porque con sus costillas gravó en ella su nombre algún pobre fraile de los primeros misioneros de nuestra provincia. Acabándola de pasar, se comienza un río, en que es preciso entrar 58 veces: las fui contando, así por divertir el tedio, como por salir de la duda de si eran 60 ó 70 las veces que se pasaba, en que había diversas opiniones. Lo cierto es que da más vueltas y revueltas, que un suceso funesto en la fantasía caliente de una persona desvelada. Añádase que entre una y otra de las pasadas hay muchísimo lodo, y atolladeros. Otro pico tenemos que se parece mucho al de el paxaro cucharón (que es más grande que su cuerpo) con la necesidad de ir mojado por seis horas seguidas de los pies á las rodillas, aunque lleve el caminante buenas botas. Yo descalzaba las con que San Pedro Anduvo en el mar, y sólo tuve las con que se mojó al sumergirse. Si lo pasé sin mucha incomodidad, lo atribuyo, á la costumbre de ir descalzo, y de mojarme los pies. Los indios no temen jamás mojárselos por esta feliz costumbre. Las afecciones de costumbre no se sienten, es el proloquio de Aristóteles, ab assuetis non fit passio: quiero decir, que yo no contaré como una grande hazaña este y muchísimos pasos de mi vida. El haberme encallado, sólo prueba la atención que he puesto siempre, para escaparme en gran parte de las muchas calamidades, á que está expuesto, nuestra vida. Quando oiga V. contar muchas, que llaman travesuras más en el comer y beber, riase y sepa que mi régimen es resulta, de muchas tentativas, y experiencias. ¡Ojalá mi abstinencia de carnes la hubiese comenzado desde muy joven! Yo sé que los animales carnívoros tienen vaso laboratorio para las carnes y este lo tenemos ciegos los humanos, las vacas, las ovejas, etc.

"¡Ya vé V: quanto me ocupan más cosas propias! De Agalta íbamos hablando, y apenas apunté lo relativo a mi persona, quando me iba soltando como un reloj á que falta cuña que suspenda las campanadas. Así somos, y no es mucho; puesto que no hay otro con quien más vivamos, ni á quien encontrémos con mas frecuencia. Yo no sé lo que sucede á los demás; pero el P. G. se me presenta á cada paso con más puntualidad que un pobre soldado por su paga. Sé lo que le conviene para vivir: y procuro, que no olvide el como debe morir. A nuestro asunto.

"Me hallo en medio de estos gentiles como en un mundo enteramente nuevo en lo físico, y en lo moral. En lo primero, por que no tosen, ni escupen, y rara vez se sueñan las narices; viven en unos ranchos desahogados, y expuestos al viento: tienen un olfato tan fino, que perciben el hedor de los lugares donde duermen, y encienden allí fuego para consumirlo: llaman á nuestros

LA COLOMBIANA
SASTRERIA
 DE F. A. GOMEZ Z.

Ofrece los mejores Casimires Ingleses, el mejor sistema de corte y los mejores operarios para la confección de sus trajes.

Si usted no es cliente mande hacer su vestido en esta su casa.

En formación la serie Colombia

Av. Central frente Cías. Eléctricas

TELEFONO 3283

apostentos abrigados caxones de la enfermedad.

"En la montaña de Pacúra me hicieron un rancho tan abrigado con ojas, y pasté (1) que estaba libre de todos los elementos: cosa muy aseada. A poco de haberme levantado metieron fuego, y purificaron mi vivienda, manteniéndose ellos bajo de sus mantas, que son de algodón, y cáscaras de palo. Nunca padecen de las mueias, ni tampoco de flexiones. Preguntará V. ¿de qué mueren? y respondo, que de fiebres violentas. Se entran en los ríos (que hay muchos) sudando a chorros, se resfrían, les entra calentura, y como no hay resguardo, ni sangría ni quina, se muere de esto la mayor parte. No conocen tercianas, ni quartanas, y huyen Cielo y tierra de los lugares cenagosos, por la experiencia, que tienen de estos parages, a que atribuyen la causa de aquellas dolencias. Nunca han padecido viruelas, ni sarampión: y no permiten salir de la montaña individuo, quando saben que hay viruelas, ó alguna epidemia.

"Entre 130, que trato, no hay un enfermo, ni impedido, á excepción de uno llamado Juan, que tiene una hernia monstruosa: se ha llenado tanto la parte inferior, que carga un volumen como de media arroba de arroz metida en un saco de bramante. Es muy propio el similitud. En donde termina esta mole, que dista una tercia del vértice del ángulo, que forman las dos piernas, aparece el extremo del conducto de la orina. Es ciego de nacimiento: tendrá como 48 años: lo bautizó Fr. Francisco Segura: le enseñó la doctrina christiana, y sabe el idioma castellano, y el de los indios. Me ha servido de intérprete, y es todo mi querer. El en mucha parte es causa de que no encuentro un solo idólatra entre ellos: de que conozcan a Dios con el nombre de Apatistá, que quiere decir Señor bueno, y de que llamen al demonio amazará, que significa espíritu malhechor. De aquí es, que aunque sean todos gentiles, tienen nombres de Santos. Cargo á mi ciego de una parte a otra, como una imagen milagrosa. Los indios se gobiernan por su boca, y dictamen: y quando entré en la montaña, quiso Dios que el ciego tubiere noticia ventajosa de mi persona, y les digese me debían amar, y servir, añadiéndoles, que yo era embiado de Apatistá para recogerlos, y hacerles todo bien. Vea V. quanto me ha servido este único enfermo de mi grei. Los demás son bien hechos, limpios y robustos. Ya les comencé a decir las precauciones que les importaba observar, para libertarse de las fiebres violentas, que los consumen, y diariamente les enseñaré algunas cosas que no alcanzen.

"En lo general no son tan perversos como la gente común de ese pueblo. Ofrecen con franqueza lo que tienen: no se burlan de persona alguna: no beven sino por sus fiestas, y esto sin permitirlo á los muchachos: son muy lascivos; pero cuidan sus doncellas con la mayor vigilancia; castigan hasta la crueldad un estupro, como también á las adúlteras: discorro que las dan pena de muerte. Ignoro esto, y otros secretos, que

me guardan hasta haberme iniciado en los misterios Eleusinos. He encontrado tres bigamos. Uno de ellos me causó lástima. Estando presentes sus dos muchachas, le decía yo con mi Juan, que aquello era malo, que debía soltar la una, y quedarse con la otra, con quien lo casaría después de haberlos instruido, y bautizado. Se quedó suspenso, mirando con ternura sus queridas, soltó las lágrimas, y respondió que trataría otra vez este punto. Lloraron también las dos indiecitas, y yo para echarlo a perder todo, estube á punto de acompañarlos. Dejé este asunto para otra vez, y no sé como saldré del apuro; pero yo tampoco sabía la salida de otras cosas, y ya estoy del otro lado: corre a cuenta de la Divina Providencia.

"Al principio escondían de mí sus flechas; mas habiéndolo observado, les dixe que no las ocultaran, que sabía su destino para matar javalies, y paxaros, y que no temía las quisiesen emplear en un viejo ocupado en hacerles bien. Con esto se serenaron, y me dieron un buen rato con dispararlas, y hacerlas caer en el lugar, que destinan para blanco. Tienen en la punta una lanza acorada, y bien afilada de 6 dedos; no sé quien los provee de estas puntas. Las familias de una montaña tienen sus zelos nacionales con la otra, y no quieren unirse en un solo pueblo, y así he dividido en dos reducciones distintas los de Pacúra, y los de Aguaquirí, por las razones, que expongo al Gobierno".

"En todo este dilatado Valle no hay otro pueblo que este de Gualaco: es ayuda de Parroquia Silca, que es la cabecera. Ahora por fortuna hay aquí un Coadjutor; pero no hay memoria de otro: en ciento y tantos años que ha que se fundó, no se verificó que alguno muriese con los Sacramentos, hasta la venida del actual Sacerdote, a quien todos juzgan como un desterrado. Es de advertir que de aquí al último ható hay 15 leguas, y es el último lugar christiano, porque de allí adelante sólo están mis indios, en cuya reducción trabajo. No hay por consiguiente paraje más necesitado de operarios evangélicos, que harán infinito bien con tal que vengan radicalmente curados de espanto, que coman lo que les pusieren, como mandó Christo á los suyos, y que duro ó blando así lo traguén, despidiéndose del pan de harina, del buen chocolate, y de todos los melindres, á que en mala hora nos acostumbraron.

"Contaré á V. un paso, que por allá no hará la más pequeña impresión; pero en mi alma, que es tan sensible, la ha hecho de marca mayor. Llegaron á este dos gentiles de Aguaquirí, me traxeron dos arrobas de maíz, diciéndome que era para que no pasase hambres, y que dentro de 15 días me embiarían otro tanto, por la obligación que tenían de mantenerme. No sé llorar, ni quejarme jamás: un día no le he dicho aún desconcertado; pero esta vez se fueron sin libertad mis lágrimas, a significar los sentimientos de una alegría, que pertenece á otra clase de cosas comunes: son lágrimas, que hacen reír al entendimiento.

"Estoy sin amanuense, no puedo hacer borradores, ni lo acostumbro, y así van más

producciones más naturales, que lo que podía esperar un amigo, etc."

En el "Elogio fúnebre del P. Goicoechea", ("Honduras Literaria", por Rómulo E. Durón, I, 19) se lee:

"Semejante a los sacerdotes de los celtas y de los scitas que buscaban la filosofía en los bosques y montañas, superior á ellos en conocimientos y con miras más grandes, hizo viaje á nuestros montes de Agalta.

"Los eruditos de estrado: esos hombres que agonizan el día que no pueden visitar todos los cuarteles de una ciudad, habrían muerto seguramente en las soledades de Agalta.

"El P. Goicoechea, solo con su pensamiento y los indios, pasaba días más deliciosos que en el ruido de esta capital. Conservo como un tesoro las cartas que escribía desde esas montañas célebres entonces por su residencia (1). En ellas decía: que nunca había repasado en su corazón, con más placer, la hermosa estrofa de Horacio, *Beatus ille qui procul negotiis*: que la soledad le comunicaba á manos llenas el contento: que su vida era alegre, porque entre cien aspectos de las cosas, las miraba por el único que podía ser útil: que ejercitado en trasegar corazones, se valía de la llave maestra de ciertas notas que rara vez le engañaban: que los vestidos de la naturaleza son sencillos: que se deleitaba en contemplarla acercando los momentos en que descubre algunas de sus travesuras, meditando los apogemas de Erasmo y las aventuras del amor propio, y observando á los indios, vistos por muchos, conocidos de pocos y demostrados por Paw, aquel extranjero atrevido que sin conocer la América arrojó aserciones desmentidas por la experiencia". Y agrega: "En Agalta fundó dos pequeñas poblaciones; interesó en su beneficio la atención del Gobierno; y dando á los indios lecciones de religión, de física rural y de sociedad, recordaba la pintura de aquellos Dioses que bajaron del cielo para enseñar á los salvajes de Grecia la justicia, el manejo del arado y el uso del trigo".

Joya bibliográfica

Tengo en mi biblioteca un libro de 240 páginas en 16º que se titula: "M. Tullii Ciceronis de Officiis Libri Tres Item Cato Maior vel de Senectute Laelivus vel de Amicitia Paradoxa Stoicorum fex Somnium Scipionis. Venetiis 1720. Apud Nicolaum Pezzaria".

El librito lleva autógrafa la siguiente dedicatoria: "El P. Fr. J. A. Goicoechea que conoce todo el mérito de esta obra la regalo á J. Valle que sabe calcular su precio".

Lo adquirí en la ciudad de Yoro, Honduras, y era propiedad de mi abuelo don Olegario Varela. ¿Acaso Goicoechea puso la dedicatoria y no lo envió a J. Valle, que pudo ser su discípulo el del elogio? La proximidad de las montañas de Agalta aviva mi sospecha.

México, D. F., 31 mayo 1935.

(1) Es claro que la carta que publicó *El Diario de México* era dirigida a Valle.

(1) Heno.

Página nueva de P. A. H. Pallais

= Envío del autor.—León de Nicaragua. =

JUIGALPA DE CHONTALES

La balada del poeta que después de andar buscando por todas partes una ciudad que fuera suya, por fin la encontró.

Gracias, gracias ¡Dios mío!, cómo quisiera darte cumplidas gracias. Fugaz aventurera,

la cabra de mis años, encontró su reposo, y ahora son mis versos, un árbol silencioso,

plantado aquí en Juigalpa, baladas chontaleñas, con manos y pañuelos hablándonos, por señas,

sin retórica necia de palabras profanas, sin ruido callejero de turbas mejicanas.

En la isla de mi casa, dulcemente, a la sombra, vestido con nostalgia de amor que no se nombra.

Una vez, unas cartas... Aquellos retrecheros y nocturnos bandidos de los desfiladeros!

Otra vez otras cartas... aquella bien urdida trama de la calumnia, madrastra de la vida!

Ahora aquí en Juigalpa, todo se me olvidó! Remanso de hojas verdes, para mi verso, yo,

siervo de marchas sueltas y fugas asustadas, buscaba lejanías profundas y encantadas.

Tan azules los valles! tan verdes las montañas! y el llano, donde libres, salvajes, mis hurrañas

horas pueden jugar, en aventuras sueltas; ¡pájaros en las idas, pájaros en las vueltas!

Mis pies locos, en estos llanos, interminables, celebran una fiesta de pasos incontables.

Y esta ciudad tan isla, tan brujas, para mí y estos amigos nuevos, tan de montañas y

tan de llanos y valles, como yo los quería, de una francisjammesca silenciosa alegría.

Pues aquel Arzobispo, por mis baladas vueltas, en una de mis muchas graciosas medias vueltas.

Aquí más bien me acuerdo del Santo Cardenal de Flandes, Arzobispo verdadero y real.

Gracias, gracias, ¡Dios mío! gracias, cómo quisiera darte gracias cumplidas. Fugaz aventurera,

la cabra de mis años encontró su reposo y ahora son mis versos un árbol silencioso

plantado aquí en Juigalpa, baladas chontaleñas, con manos y pañuelos hablándonos por señas.

En Brujas de Flandes, a los veinte días del mes de abril del año mil novecientos treinta y cinco de N. S.

LA GLOSA DEL HOMBRE TONTO

Hubo una vez un hombre tonto que había leído mucho en los libros muertos de las bibliotecas, pero ni una sola página en el libro vivo de los hombres y por eso era tonto, pues creía que los nombres de los libros muertos de las bibliotecas, correspondían a las cosas de la vida de los hombres.

Este hombre tonto perdía sus horas y sus años y su vida entera buscando una mano ¡cómo si hubiera! buscando una puerta, porque él no sabía que se habían acabado las puertas. Iba donde el señor Alcalde, preguntaba por el señor Ministro, esperaba semanas enteras la audiencia del señor Presidente y le había escrito muchas cartas al hermano del señor Presidente.

Pobre hombre tonto! que andas creyendo y buscando...

LA GLOSA DEL HOMBRE SABIO

Hubo una vez un hombre sabio que había leído una que otra página en los libros muertos de las bibliotecas, pero mucho en los libros vivos de los hombres, y por eso era sabio, y sabía que los nombres de los libros de las bibliotecas nada tienen que ver con las cosas de la vida de los hombres.

Este hombre sabio no perdía su tiempo buscando una mano, buscando una puerta.

Este hombre sabio fué metido en la cárcel. Naturalmente. Y estaba allí en la cárcel, en la miseria, viejo, enfermo. Y un periodista de los periodistas titereros, que quería divertir a los espectadores de su teatro de títeres con el relato de aquellas humanas injusticias, le hizo el siguiente interrogatorio:

Periodista:—Cómo estás?

Sabio:—Perfectamente bien.

Periodista:—Qué deseas?

Sabio:—Nada, gracias.

Periodista:—Quisieras que te ayudásemos?

Sabio:—No, no quisiera.

Periodista:—Qué has hecho?

Sabio:—Pregúnteselo a aquellos que aquí me tienen, ellos sabrán.

Periodista:—No tienes algunos parientes poderosos?

Sabio:—No he sabido.

Periodista:—No hay aquí algún amigo que pueda interesarse por ti?

Sabio:—No entiendo. Explicáte.

Periodista:—Amigo quiere decir algo así como un hermano, que intercediera por tí, que le hablara de tí al señor Presidente o al hermano del señor Presidente, a Monsieur como decían los franceses.

Sabio:—Entiendo menos todavía.

Y el periodista, de los periodistas titereros se fué a la oficina de sus títeres y el hombre sabio se quedó en la cárcel.

EL LUCERO DEL ALBA

Sus ojos encantados de púdica hermosura nunca se habían visto ni se verán después

su gracia primitiva de cristiana dulzura así como el lucero de la mañana es.

¡Los dos en un paréntesis de rosada blancura son espigas hermanas de la divina mies tanto que en los caminos de tu visión más pura,

al lucero del alba como a la niña ves

Inseparables ambos: el lucero y la niña. En mi viaje dichoso por la celeste viña corté de los racimos dorados, el mejor:

Un soneto glorioso, diamante verdadero, donde catorce veces, la niña del lucero juega bajo los cielos de su propio candor.

León, mayo 6 de 1935

HAGASE INGENIERO LA CARRERA DEL PORVENIR

Solicite usted sin ningún gasto de su parte, ni compromiso alguno, la
TABLA DE ALAMBRADO PARA CONDUCCIONES ELECTRICAS, EN ESPAÑOL

Es de suma importancia para el INGENIERO, para el ELECTRICISTA
y para el AFICIONADO al RADIO y a la ELECTRICIDAD

¿ES UD. QUIMICO, FARMACEUTICO O EMPLEADO DE FARMACIA?

Solicite GRATIS la valiosa

Tabla de Aparatos Químicos

— de —

THE JOSEPH G. BRANCH INSTITUTE OF ENGINEERING

3917 South Parkway, Chicago, Ill., E. U. A.
Escuela Oficial durante la Guerra Mundial

Este Instituto ofrece cursos por correspondencia: INGENIERIA en todos
su ramos, ELECTRICIDAD, RADIOTELEGRAFIA, INGENIERIA CIVIL
INGENIERIA MECANICA, COMERCIO, INGLES y FARMACIA

Envíe su Matrícula enseguida para que su fotografía pueda aparecer en
nuestro magnífico ALBUN DE LA CLASE de 1935
copia del cual le será enviada gratis.

Estampas

Las dos manos, y hasta luego

Por JUAN DEL CAMINO

= Colaboración.—Costa Rica y junio del 35 =

He vuelto a leer—mi querido don Joaquín—las primeras Estampas publicadas hace seis años ya en **Repertorio Americano**. Pensando en usted he recordado la aspiración de Martí cuando publicaba su revista para los niños americanos: "Y que si alguna vez nos encuentra un niño de América por el mundo nos apriete mucho la mano, como a un amigo viejo, y diga donde todo el mundo lo oiga: "Este hombre de la "Edad de Oro" fué mi amigo!" Yo tengo que decir siempre: "¡Este hombre de **Repertorio Americano** es mi amigo! A usted debo mi afición grande por las cosas de nuestra América. A usted debo la constancia con que he podido escribir mi nota semanal. Cerca de usted aprende uno a trabajar sin aspavientos. Su obra como editor inteligente y con rumbo bien trazado es grande. La ha realizado con la aspiración de hacer por estos pueblos cruzada en favor de su libertad y su cultura. Lo he visto en el sacrificio que traen estas empresas y nunca recuerdo haberle encontrado vencido por el desaliento. ¿Qué no hace usted de **Repertorio**? Sólo imprimirlo no es tarea suya. Pero lo demás sólo usted lo ha hecho. Es algo que sorprende. Hasta el papelillo que lleva la dirección del suscriptor es engomado y pegado por usted. Cuando pienso en el esfuerzo puesto en cada entrega me explico que **Repertorio** haya logrado vida larga en América. En realidad no está vinculado a nadie más que a usted. La imprenta lo levanta e imprime y usted dirige el trabajo de la imprenta. Hasta en esa actividad pone usted parte importante. Y la economía de la revista, eso que debe confiarse al experto en números, es de su exclusivo manejo. No tiene **Repertorio** sueldos que pagar. Ni podría tampoco pagarlos. Es de entradas muy escasas y apenas manejadas en la forma severa en que usted las maneja, puede mantenerse en pie. La planta de empleados de **Repertorio Americano** está formada por don Joaquín García Monge, nada más.

Por eso digo que al cabo de seis años de escribir y publicar en **Repertorio** mis Estampas encuentro que la continuidad sólo la debo a usted. Trabajar sin ambiciones, sin cálculos que desvelen es cosa difícil. **Repertorio** sólo le ha traído a usted sacrificios. Pero como lo fundó por aspiraciones de servicio continental le ha sido fácil sostenerlo sin desengaños. Aspiraciones de esa índole dan tono al espíritu y las luchas no lo vuelven miserable. No ha esperado jamás encontrar a la vuelta de cada año transcurrido recompensas. Ni siquiera se ha preocupado por el transcurso de los años. El batallar es grande y quien no lo teme sabe que cada día debe ser ma-

yor la vigilancia. En las cuestiones de esta América nuestra es quizá usted el americano que más hondas preocupaciones han tenido. Su afán ha sido llevar **Repertorio** a todos los sitios de lectura de estos países, no importa la categoría del lector ni del sitio. Como sus páginas van con el escrito que en todo momento interesa, alguna inquietud despiertan. Esto es lo que ha interesado a usted. Obra de paciencia y de inteligencia. Por esto **Repertorio** vive y ha penetrado vivamente en la conciencia de América.

También los americanos que quieren a su tierra honrada y con decoro dirán de usted en el tono de Martí: ¡Este hombre de **Repertorio Americano** fué mi amigo! Tienen que decirlo, porque es duradera su labor. De todos lados llega el juicio enaltecedor. Y esa invitación que le hace la Liga de Naciones ¿qué es si no el reconocimiento de la inmensa red americanista tendida inteligentemente por usted? El organismo creado para mantener la paz del mundo lo lleva a usted a Europa. Los que hemos estado cerca de usted / tantos años encontramos que la Liga ha tenido visión para escoger de esta vez a su huésped de América. Lleva precisamente al divulgador de ideas que es el espíritu menos propicio al reconocimiento público. No querrá de seguro la Liga testigo americano que venga luego a pregonar lo que en su seno se hace. Para eso tiene la multitud de delegados de estas naciones. No, lo que

parece haber querido la Liga es decir a nuestros pueblos que destaca una figura de luchador que ha estado trabajando por ellos sin aspavientos, sin tender la mano en busca de protección. Invita la Liga al luchador con rumbo que mantiene su combate año con año sin desalientos, sin claudicaciones. El claudicador es cosa corriente entre nosotros y por allí nos viene el recelo con que nos miran. Estamos empeñados en una campaña de liberación y no nos creen. Y tienen razón los descreídos. Son tantos los canallas que simulan capacidad de luchadores para obtener con el andar del tiempo bienestares y prebendas. Esos canallas hacen que el batallador honrado y constante despierte recelos. Por eso digo que la Liga reconoce en su labor la labor de uno de los espíritus con rumbo cierto. Lo reconoce y lo lleva a visitarle para que las naciones entiendan cómo puede en ciertos momentos honrarse al buen luchador.

Resentirá a usted lo que estoy diciendo, pero cuando vuelvo los ojos atrás y veo lo que he hecho en seis años de trabajo en **Repertorio**, no encuentro que deba sentirme vinculado a nadie más que a usted. No cometo la tontería de afirmar que tengo hecha obra alguna. Simplemente estoy reconociendo que he podido en mis aspiraciones de escritor modesto ser constante. Es constancia que debo a su compañía. Y lo que he logrado en mis aspiraciones americanistas lo debo a usted. Me interesan vivamente nuestros problemas y siento que es interés infundido por usted. De modo que cuando veo que ha de interrumpirse el trabajo porque el vigía es llamado y sin él es mejor el silencio, me parece que es de justicia decirlo.

*Para vestir como perfecto caballero
nada mejor que hacer una visita a la*

Sastrería "Romero"

DE ELIAS ROMERO

Renovación constante de casimires, esta es la casa de su confianza.

*Tenemos clubs en formación. 25 varas al
Sur de la Catedral, Calle Alfredo Volio.*

Noticia de Libros y Autores

(Registro bibliográfico titular de los libros y folletos que se reciban de los autores y de las Casas editoras).

Señalamos:

La ciudad del bosque. Viñetas platenses. Por Rafael Alberto Arrieta. La Plata. Rep. Argentina. 1935.

Editado por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de La Plata. Es el Tomo XVI de la BIBLIOTECA HUMANIDADES.

Vuelo al Orinoco. Por L. E. Nieto Caballero. Librería Colombiana, Bogotá. 1935.

La novela indianista en Hispano América. (1832-1889). Por Concha Meléndez. Madrid. 1934.

N.º 2 de la serie A. Estudios his-

pánicos. Monografías de la Universidad de Puerto Rico.

Con la autora: Universidad de Puerto Rico. Río Piedras, P. R.

Fernando Díez de Medina: *El velero matinal.* Ensayos. Edit. «América». La Paz. Bolivia. 1935.

Con el autor; Cajón No. 1, La Paz Bolivia.

Liuba Dalmore: *Reminiscencia.* Ediciones Estrella. París 1935.

Con la autora: 2 Av. Friedland. París 8e.

Geoffroy Rivas: *Rumbo.* Ediciones «Amatl». México. 1935.